

Diarios

1999-2003

Iñaki Uriarte

Índice

1999	7
2000	55
2001	89
2002	121
2003	147

1999

MIENTRAS ME HACEN el escáner la doctora repite mi nombre: «¿Qué tal estás, Ignacio?». «Ponte aquí, Ignacio.» «Ahora un poco más a la derecha, Ignacio.» «Ya está, Ignacio.» «Ahora vendrán a buscarte, Ignacio.» «Adiós, Ignacio.» Ya sé que es un truco para tranquilizarme, pero funciona. Aunque todo el mundo me llama Iñaki, no me habría venido mal incluso algún don Ignacio. Sin embargo, sólo me relajo de verdad cuando llega el celador para subirme a la habitación, gira la camilla de golpe y arranca al grito de: «¡Vamos, moreno!».

PLA DICE QUE hay que escribir como se escribe una carta a la familia, pero con un poco más de cuidado. Aquí voy a hacerlo como si hasta las cartas fueran un alarde de retórica. Como si hablara solo.

UNA VEZ ESCRIBÍ para el periódico:

«La observación es de Nietzsche: “Se aprende antes a escribir con grandilocuencia que con sencillez. Ello incumbe a la moral”. Es fácil señalar unos cuantos defectos morales que empujan a ser grandilocuente. El primero es la falta de aplicación. A quien escribe con descuido se le llena la página de expresiones que tal vez fueron elocuentes en su origen, pero que hoy son tópicos grandilocuentes. Otros enemigos de la escritura sencilla son la vanidad y el miedo. Quien escribe para publicar y ser leído tien-

de a adornar o proteger su pensamiento con grandes palabras. Y esto de las grandes palabras hay que entenderlo literalmente. Gracias a un artilugio del ordenador, veo que el tamaño medio de los vocablos de los “Puntos de vista” que publico a veces en *El Correo* es de 4,6 letras. Las mismas teclas aseguran que el tamaño medio de los que empleo en otros textos que escribo y guardo en privado, sin pensar en su publicación, es de 4,3 letras. He aquí un 0,3 de grandilocuencia añadida del que podría corregirme. Por ejemplo, siendo más fiel al consejo dado una vez por Valéry a un aprendiz de escritor: “Entre dos palabras semejantes, escriba usted la más corta”. Todo un precepto ético».

LEER EL PERIÓDICO hasta la última coma, o prescindir absolutamente de él, entretenerme con novelas baratas, seguir con atención programas birriosos en la tele, ser afable con todo el mundo, éstos son mis síntomas más claros de bienestar.

YO LE SEGUÍA atento y cordial, y le decía que seguro que su libro estaría muy bien y tendría éxito, pero por dentro pensaba que con esa cara nadie puede escribir una buena novela. De cualquier modo, siempre considero un buen síntoma el que al leer un libro me sienta impulsado a mirar la foto del autor en la solapa. Algo tiene para mí ese libro, aunque la mayoría de las caras de los autores no lo haría suponer.

UN DOCUMENTAL DE la tele muestra una aldea de masais hartos de los elefantes. Les comen las cebollas, los tomates, los puerros, destrozan sus poblados, matan a gente. Los masais quieren acabar de una vez con esta especie en extinción. No son pocos los que opinan lo mismo con respecto al euskera.

AMA HA TARDADO casi una hora en contarme su operación de cataratas. No me ha preguntado por lo mío. No quiere saberlo. No se lo he impuesto. Borges dijo una vez que el único deber que tienen los hijos para con sus padres es el de ser felices, no el de obedecerlos o respetarlos. «Ese médico está chiflado», le dijo a María su madre cuando se enteró de que su hija tenía cataratas.

Dos días después de la muerte de la suya, Borges escribió un poema que comienza con unos versos célebres: «He cometido el peor de los pecados que un hombre puede cometer, no he sido feliz». Más tarde, María Kodama dijo que se había quedado descontento con ese poema porque le parecía demasiado sentimental. Esos primeros versos no lo son. Tal vez resulten algo aparatosos los siguientes. Supongo que a quien no le gustan es a María Kodama, que no soportaba a la madre de Borges.

No veo claro que el único deber que tengamos para con nuestros padres sea el de ser felices. Ni que constituya un deber nuestro, ni que ellos se conformen con eso. Suelen querer otras cosas, por encima de nuestra felicidad. Por ejemplo, que nos convirtamos en personas prestigiosas, importantes, y que nuestro relumbrón les alcance, aunque sólo sea para presumir delante de sus amigos. «El Estado son las amigas de mi madre», he comentado a veces. Las mayores presiones para que te mantengas dentro del sistema y logres un lugar importante en él provienen de las relaciones sociales de tu madre. Recuerdo una película de James Cagney que termina con el pobre hombre rodeado por la policía, subido al tejado de una refinería en llamas, a punto de explotar, mientras grita: «¡Mira, “mam”, mira! ¡Estoy en la cima del mundo!».

La primera vez que me encontré con los versos de Borges: «He cometido el peor de los pecados que un hombre puede cometer, no he sido feliz», fue en un drugstore que había en la calle Velázquez de Madrid, a las cinco o seis de la madrugada. Estába-

mos allí un grupo de amigos con muchas copas encima. Algunos se acercaron a una máquina que por unas monedas proporcionaba «tu horóscopo personalizado». Yo fui hacia la mesa donde se exponían las novedades literarias. Había un libro nuevo de Borges. Lo abrí por una de sus páginas al azar y leí esos dos versos. Aquello sí que me pareció un «horóscopo personalizado». No sin cierta aprensión, lo compré y me lo llevé a casa como un tesoro.

Muchas personas han pedido a lo largo del tiempo consejo o augurio a la Biblia, al *I Ching*, a las obras de Virgilio, abriendo esos libros por cualquiera de sus páginas. En general, creo que es verdad lo que ocurre en una película de Godard de la que no recuerdo el título. La escena es más o menos así: varios personajes se encuentran discutiendo apasionadamente en un salón. De pronto, uno de ellos se levanta, alcanza un libro cualquiera de la biblioteca y lo abre al azar. Lee un párrafo en voz alta, todos los personajes asienten con respeto y se acaba la discusión. «Los buenos libros funcionan siempre», sentencia el que ha leído mientras devuelve el libro a su estante. Tal vez lo que sucede es que los buenos libros tratan siempre de lo mismo, de unas pocas cosas que no sólo son las más importantes, sino que son las cosas que nos pasan todos los días.

San Agustín se convirtió una mañana al abrir la Biblia por una cualquiera de sus páginas y leer ciertas palabras que creyó dirigidas expresamente a él. A Petrarca le sucedió algo semejante al hojear al azar las *Confesiones* de san Agustín, mientras descansaba en la punta del Mont Ventoux después de una penosa ascensión. Pero la verdad es que ni siquiera hace falta que el libro sea bueno para que se produzcan estos milagros. No hay lector con algún problema muy particular que no lo encuentre mencionado en la primera novela que se decida a leer. La novela no es «un espejo a lo largo del camino», como dijo Stendhal. Es un espejo que nos ponemos delante para mirarnos. Es como una foto o una película en la que también salimos nosotros. Aunque en ella aparezcan Claudia Schiffer o el Papa en pelotas, lo primero que hacemos es buscarnos y mirarnos.

M. G. le regaló a su madre una novela que describía la relación entre una chica maravillosa y su malvada progenitora. M. G. me dijo: «Así se va a enterar por fin esa bruja de lo que pienso de ella. Se va a ver exactamente retratada en la novela». Unos días más tarde, cuando la madre terminó de leer el libro, le comentó encantada a M. G.: «Qué novela tan estupenda me regalaste, hija. Refleja exactamente la relación que yo tuve con mi madre».

Todos estos párrafos podría resumirlos con el título: «Sobre la imposibilidad de tener madre».

HUBO UNA ÉPOCA en que no bostezaba nunca. Los nervios y la tensión me mantenían siempre alerta y entretenido. Bostezar me llegó a parecer un lujo sólo al alcance de la gente feliz. Un día vi por la ventana a un hombre que abría la boca en un gran bostezo mientras esperaba el cambio del semáforo. Sentí tanta envidia que escribí: «Bostezaba mientras leía el periódico, bostezaba en las conversaciones con sus amigos, bostezaba al ver la tv o pasear por la playa, bostezaba cuando estaba con su novia, bostezaba hasta en la ducha, bostezaba mientras le insultaban o le dolían las muelas. Era imbatible. Bostezaría ante el pelotón de fusilamiento, ante el mismo Dios habría bostezado».

LEO QUE EN 1962 hubo una epidemia de risa en Tanganica. Empezó en una escuela con dos chicas que comenzaron a reírse como histéricas. Se extendió a los demás alumnos, luego al pueblo, al distrito, al país entero. Sólo remitió totalmente seis meses más tarde. ¿Cómo no se conoce más este bendito episodio de la historia?

2000

A ÉSTE LE GUSTA la carne. Va a Inglaterra para acostarse con una de esas forzudas rebosantes de músculos que aparecen en Internet. Paga el viaje y 50.000 pesetas más por pasar con ella una noche en su gimnasio de Londres. Al otro le atraen los huesos. Acude por la noche con la chica a la consulta del padre de ella y se masturba mientras contempla su esqueleto bailar a través de la pantalla de rayos x. Los dos me lo cuentan encantados. Son de esos secretos que no tienen sentido si no se revelan a alguien.

ESTOY LEYENDO UNA enorme biografía de Hitler. A la vez, retomo a Pessoa, al que hace tiempo que no leía. Cuando lo hice por primera vez, lloraba de emoción. Hace un par de años volví al *Libro del desasosiego* y me pareció demasiado quejica. Ahora lo encuentro de nuevo genial, aunque no me conmueve como al principio. Hitler y Pessoa tenían la misma edad. Nacieron con un año de diferencia. Hitler: un maestro del simplismo psicológico, un brutal manipulador de masas. Pessoa: un sabio de los recovecos personales, un delicado espejo para individuos. Pero tal vez para individuos tristes, tirando a enfermizos.

Recuerdo aquel día de 1984 en que se publicó en castellano el *Libro del desasosiego* (en Portugal había salido dos años antes). Lo compré de inmediato. Creo que es la única vez que he llorado leyendo un libro. Entre las lágrimas y el entusiasmo, llamé a E. S. al periódico para decirle que la publicación de ese libro era noticia de primera página. No todos los días nace un clásico. E. me explicó de modo paciente que no era costumbre dar en

portada cosas así. Sin embargo, veinte años más tarde, me parece que habría sido una honra para *El Correo*.

EL FUMADOR EJEMPLAR.

En Las Vegas se refugian maleantes huidos de todo el país. La policía entró en el apartamento donde se había guarecido uno de ellos. Estaba oculto en el interior de un armario y no lograban hallarlo. Lo cazaron porque el hombre no pudo más de los nervios y encendió un pitillo.

NO TIENE VIDEO porque está seguro de que se haría un adicto a las películas porno. Internet le ha durado dos días. El primero que se conectó estuvo tres horas navegando por las zonas x. El segundo, hasta las ocho de la mañana. Lo quitó todo. Ya no tiene ni correo electrónico.

«Sexual intercourse began
In nineteen sixty-three...»

son dos versos famosos de Philip Larkin. Pero yo creo que ha vuelto a comenzar, no se sabe aún de qué forma, con Internet.

CAMBIO DE CASA. Estoy expectante. He tenido algunos momentos de aprensión, por lo que supone de variación de costumbres, pero ahora ya tengo ganas de que pasen estas dos semanas y empezar con el lío.

Comienza «De Vita Beata»:

... no salir, no tomar copas
y vivir como un noble arruinado
entre las ruinas de mi inteligencia.

TERTULIANOS Y COLUMNISTAS y taxistas, *même combat*. Ese despliegue de indignación moral con el taxímetro en marcha.

«EN EFECTO, LAS ideas claras sirven para hablar; pero casi siempre obramos movidos por alguna idea confusa. Ellas son las que conducen la vida.» Me parece un exceso de optimismo el de Joubert. Las ideas no suelen estar claras ni al hablar.

«Cuando se escribe con facilidad siempre se cree tener más talento del que se tiene». Aquí creo que acierta.

ES COMÚN DECIR que nunca nos entenderemos sobre la felicidad, el bien, la verdad o la belleza, y que algo conocemos de lo contrario.

«Siempre es exacto cuando decimos que algún hombre es un hombre infeliz, le dije a Wertheimer, pensé, mientras que nunca resulta exacto cuando decimos que alguno es un hombre feliz» (Bernhard, *El malogrado*).

«Sabemos que existe la felicidad, pero como ese borracho que va dando tumbos por la calle, sabiendo que tiene una casa, pero sin encontrarla» (Voltaire).

Sin embargo, «Le plus beau des courages est celui d'être heureux»² (Joubert). Parece blando el objetivo de la felicidad. Pero no lo es. Hoy mismo dice Trías en el periódico: «Odio el término felicidad». Savater al menos lo utiliza bastante. Se menosprecia la felicidad porque es un baremo implacable para juzgarse.

La felicidad parece un objetivo débil, insípido, pero cuando llega le da sabor a todo. Algún día no lejano se inventarán una

2. «La más hermosa de las valentías es la de ser feliz».

2001

UNO DE ENERO. LASITUD. Una especie de mala hostia beatífica. Esta mañana hemos ido a comprar flores al vivero y al pasar junto a la Ría, me he fijado en un barco con matrícula de Hamburgo, que se iba. He pensado que me iría en él, a Hamburgo, o adonde fuera. No estoy mal, pero estos días de relaciones sociales me han dejado un poco agotado. Hace un rato he pensado en Cioran, en que me apetecía leer alguna página suya. He seguido tumbado en el sofá, mirando al techo, como abobado, que es lo que él me hubiera recomendado seguir haciendo. Pero al final me he levantado, he abierto uno de sus libros y, a la segunda página, ya ha aparecido algo de lo que sabía que estaría allí: «Ser es estar acorralado».

He seguido leyendo a Cioran, pero ahora ya me cansa pronto. Sin embargo, hay una parte de mí, como creo que de todo el mundo, que expresó muy bien. Empleó casi toda su vida en convertirse en un especialista de ello. Esos momentos de integral aborrecimiento del ser humano. No pudo mantenerse ahí más que gracias a su sentido del humor.

¿CUÁNTAS VECES ME reí ayer durante las tres o cuatro horas que estuvimos allí? Muchísimas. Y sin embargo, no recuerdo nada gracioso. Reírse es algo que se hace todo el tiempo en reuniones como ésa, pero que tiene muy poco que ver con el humor. Sólo hace dos meses me he dado cuenta de que X., a quien conozco desde hace casi 40 años, no tiene apenas sentido del humor. Es una carencia que no se le nota porque es una persona muy cor-

dial y se ríe mucho. Supongo que en la juventud no se le da tanta importancia al sentido del humor como al hacernos mayores.

Fernando Fernán Gómez dice que con la edad ha perdido sentido del humor. Que tal vez es algo que se gasta. Yo creo que me está pasando lo mismo. Tal vez es como la salud y sólo se nota cuando se deteriora.

En general, quizás, la ironía es un sentimiento más propio de la edad madura que de la juventud o la vejez.

LEO EN EL periódico que en la medianoche del 31, al dar las campanadas por la tele, la cadena que más se vio en el País Vasco, con gran diferencia, fue la primera de la española. La vieron algo así como el 77% de los espectadores, mientras que a ETB no recurrieron ni un 15%. Frente a los ilusos o apocalípticos que auguran un radiante o catastrófico proceso de independencia, éste es el tipo de datos que fundamentan mis ideas sobre esta sociedad. También el hecho de que los pisos se estén poniendo por las nubes.

SALIÓ UNA FOTO mía en el periódico, tomada durante la presentación de un libro. Yo estaba bien en la imagen. Se me veía hablando con entusiasmo, gesticulante. Me quedé asombrado, pues llevo una época en que tengo la impresión de que todo el mundo me cuenta su historia y yo no hablo nunca.

VEO EN LA tele un momento de una entrevista de Armas Marcelo a Pedro Jota Ramírez en un programa de libros. Pregunta de Armas: «¿Pero tú no crees que con los años se verá que algo bueno sí hubo en el período de Felipe González?» Así andamos.

NI ABERTZALE, QUE me suena a burro, ni constitucionalista, que me suena a catedrático. De nuevo: «*tertium datur*».

LLAMA LOLA DESDE Madrid a la una y media de la madrugada. Ha bebido. Me cuenta a trompicones que llega de una cena con Víctor Erice y no sé qué ministros. Dice que les ha armado una bronca a todos por cuestiones relacionadas con el País Vasco, la epidemia de las vacas locas y el uranio empobrecido de las bombas de los Balcanes, que produce cáncer en los soldados. Me cuenta que le ha gritado a un ministro: «¡A la próxima guerra, vas tú!». Él le ha contestado: «Qué agresiva eres, Lola». «Yo seré agresiva, pero tú, ¡ministro! —le ha increpado ella—. Si estuviera aquí mi amigo Iñaki os ibais a enterar.» Me halaga esta capacidad de demolición de ministros que me atribuye.

Lola y yo lo pasamos muy bien aquellos dos o tres años en Barcelona. Vivíamos pared con pared, en un lugar magnífico, una «torre» bastante destartada, pero espléndida. El apartamento de Lola daba al parque del Putxet y el mío a la calle Fernando Puig. Mi casa consistía en un cuarto de unos 30 ó 40 metros cuadrados con un techo muy alto. Tenía una chimenea. Había también una cocina y un baño minúsculos. Un jergón en el suelo, una mesa y un par de sillas fueron todo mi mobiliario durante varios años. Guardo un recuerdo maravilloso de aquel sitio.

Yo seguía redactando artículos de enciclopedias para Plaza y Janés. Lola era entonces profesora de yoga y traducía del alemán un libro de Canetti, *La lengua absuelta*. Hacía entrevistas para varias revistas «modernas» y un día le nombraron directora de la edición española de *Playboy*. Tenía mucho éxito y le conocí varios novios.

2002

DEJÉ SOLO EN CASA al gato por primera vez, para ir a Avilés. En la estación de autobuses sentí una angustia muy fuerte producida por la separación. No sé si debería contarlo, pero lo que me vino entonces a la cabeza, tras una de esas intrincadas y recónditas asociaciones de sentimientos de las que estamos hechos, fue el recuerdo de aquel día, a los 14 años, al final del verano, en que mi primera novia se marchó a Madrid para empezar el curso.

En el autobús no lee nadie nada. Me giro varias veces para estar seguro de que es así. ¿Qué hacen? Es de noche. Permanecen ahí, inmóviles, mirando hacia adelante. ¿Meditan? ¿Han alcanzado alguna especie de nirvana al que soy incapaz de acceder? Probablemente sólo están fatigados, drogados de cansancio.

CONVERSACIÓN ABAJO, EN la comida. I. no lee nada. No parece importarle. Leer hoy ya no tiene ningún prestigio. Los jóvenes no suponen que en los libros exista algo que pueda servirles o ser bueno para ellos. Nunca ha leído nadie mucho. Pero ahora la lectura ya no está ni siquiera valorada. Antes teníamos un cierto sentido de culpa si no leíamos. Ahora no. Por otra parte, tampoco se les nota mucho que no leen. La verdad es que, a los que leen, en general, lo que se les suele notar es que leen, pero no alguna cualidad especial.

«¡Libros, libros, libros! No puedo imaginar a Adolf sin libros. Los tenía en pilas alrededor de él en su casa. Siempre lleva-

2003

«**S**I EL DESTINO ME dejara llevar mi vida a mi manera...elegiría pasarla con el culo sobre la silla», cita Lacouture como epígrafe en la primera página de su libro *Montaigne à cheval*, que vine ayer leyendo en el autobús al volver de Avilés. A lo mejor yo me la hubiera pasado en un tren o en un autobús. En cualquier caso, la sensación de libertad, ruptura de lo habitual, anonimato y mezcla de actividad y pasividad que me produce viajar, me hace feliz. Y me lleva a leer con una concentración estupenda.

En el libro de Lacouture vi que Montaigne, en su viaje a Italia, cuando peregrinó a Loreto, dejó en la capilla un ex voto que firmó así: «Michel Montanus. Gallus Vasco». ¿Qué significaría eso de «Vasco» para Montaigne? Lacouture traduce: «Francés de Gascuña». No tengo el *Viaje a Italia*, pero, por la noche, anduve figoneando en Internet (¡qué octava maravilla del mundo es Google!) y hallé el pasaje donde se cuenta la visita a Loreto: «El lugar de la devoción es una pequeña casita vieja y miserable construida con ladrillos, más larga que ancha... Con gran esfuerzo, y recibiendo mucho favor, pude encontrar un espacio para colocar un cuadro con cuatro figuras de plata pegadas a él: la de Nuestra Señora, la mía, la de mi mujer y la de mi hija. Al pie de la mía está escrito, grabado sobre la plata, «Michel Montanus, Gallus Vasco, Eques regii ordinis, 1581».

Puesto ya a enredar con Internet, aprendí que Gascuña deriva de Vasconia y que, más o menos, incluía el territorio comprendido entre la Dordoña y los Pirineos, desde el Atlántico hasta la región de Toulouse. Luego introduje en Google las palabras